

EL RECUADRO

Tras casi un año y medio de pandemia, sus consecuencias en la situación extremadamente grave de la economía española, siguen siendo la caída de la actividad productiva, el aumento del desempleo, el desajuste de las cuentas públicas y, en suma, un deterioro generalizado de la mayoría de los indicadores económicos, en un marco de desconfianza de consumidores y empresarios

Las empresas, especialmente las industriales, no pueden pensar de momento en grandes márgenes de mejora y la Industria no ve el final del túnel. Los sectores industriales que integran en España un tejido mayoritariamente formado por pymes, necesitan garantías de que el riesgo inversor tomado y la innovación implementada puedan rentabilizarse en un mercado interior sólido para proyectarse después globalmente, desde una imagen país asociada a la estabilidad y la calidad.

Esa proyección significa un entorno normativo único, sencillo y previsible para las empresas, y un escenario político y legislativo estable que no actúe como un obstáculo a la inversión industrial y que permita movilizar fondos internos y atraer los externos hacia la innovación y la competitividad.

La industria necesita la recuperación de la inversión en infraestructuras productivas, de la financiación y de la confianza que la elevada morosidad tanto ha deteriorado, contribuyendo a paralizar la capacidad productiva de algunos sectores y comprometiendo seriamente la viabilidad y la supervivencia de muchas empresas.

La Industria necesita, más que ayudas públicas y subvenciones, una fiscalidad adecuada, especialmente para las pymes, que no genere "distorsiones", ni incentive la evasión fiscal y desanime la asunción de riesgos y la puesta en marcha de nuevos proyectos.

Una industria fuerte y competitiva es elemento esencial para superar la crisis pero, la deslocalización de los procesos manufactureros a otros países, la externalización hacia el sector servicios de algunas partes de la producción y la propia estructura industrial y su regulación, a veces poco ágil y adaptable están perjudicando esa fortaleza.

Pero estas tendencias no afectan del mismo modo a todos los sectores y aquellos que han apostado por las actividades de alto valor añadido han respondido más eficazmente a los actuales desafíos. España, una economía tradicionalmente con problemas de competitividad, con una productividad de crecimiento débil y con uno de los niveles de gasto en I+D más bajos de la Unión Europea, tiene mucho camino por recorrer en este terreno.

Además, la industria española está sometida a una fuerte competencia internacional, frente a economías que se caracterizan, unas por sus inferiores costes laborales y menores exigencias regulatorias y medioambientales, y otras por sus altas tecnologías y valor añadido obtenidos gracias a una importante dedicación a la investigación aplicada.

Es evidente que la sociedad española no quiere ni debe renunciar a lo conseguido en esos ámbitos, pero la Industria requiere para compensarlo de un respaldo de las administraciones y de la sociedad para que el entorno productivo sea el adecuado para incrementar la competitividad del sector y de nuestra economía en general, lo que significa hacer una apuesta firme y decidida por establecer las condiciones adecuadas para fortalecer e impulsar el sector industrial.

Ante la actual situación, la Industria se enfrenta a la necesidad de luchar contra la recesión económica con iniciativas a corto, medio y largo plazo que permitan mejorar la competitividad de sus bienes y servicios de forma sostenible.